Al Amparo de San José

Nº 006 Mayo de 2026

1. Doctrina

La Santísima Trinidad: un solo Dios en tres Personas

El domingo posterior a Pentecostés la Iglesia nos invita a contemplar el misterio más alto de nuestra fe: la Santísima Trinidad. Creemos en un solo Dios verdadero, eterno e infinito; y creemos que en ese único Dios hay tres Personas realmente distintas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

La razón puede conocer que Dios existe y que es uno, pero este misterio sólo lo conocemos porque Dios mismo lo ha revelado. Nuestro Señor mandó bautizar "en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo": un solo nombre, porque Dios es uno; tres Personas nombradas, porque así es la vida íntima de Dios.

Esta verdad no debe quedar como una fórmula aprendida. En el Bautismo fuimos consagrados a la Santísima Trinidad; por la gracia, Dios habita en el alma; y por la oración nos dirigimos al Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo.

Por eso conviene hacer con respeto la señal de la Cruz. Cada vez que decimos: "En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo", confesamos el misterio central de la fe y ponemos nuestra vida bajo la mirada del Dios vivo.

2. Liturgia

Domingo de la Santísima Trinidad

Después de Pentecostés, cuando la Iglesia ha celebrado la venida del Espíritu Santo, la liturgia nos conduce a contemplar la fuente de todos los dones: la Santísima Trinidad.

Todo lo que hemos celebrado desde Adviento hasta Pentecostés viene de Dios y vuelve a Dios: el Padre envía al Hijo, el Hijo nos redime, y el Espíritu Santo santifica las almas.

En la Misa tradicional, este misterio aparece constantemente. La oración se eleva al Padre, por Nuestro Señor Jesucristo, en la unidad del Espíritu Santo. El Gloria, el Credo, el Canon, las bendiciones y la señal de la Cruz nos recuerdan que la liturgia no es una reunión meramente humana, sino un acto sagrado de adoración al Dios vivo.

Por eso conviene asistir a la Misa con espíritu de reverencia. No vamos ante todo a buscar consuelo sensible, sino a rendir culto a Dios, unirnos al sacrificio de Cristo y glorificar al Padre en el Espíritu Santo.

El Domingo de la Santísima Trinidad nos enseña también a rezar mejor. Nuestras súplicas son necesarias, porque somos pobres y Dios es Padre; pero la oración cristiana debe elevarse también a la alabanza, la acción de gracias y la adoración. Allí el alma comienza a vivir algo del cielo.

3. Familia

El hogar cristiano bajo el signo de la Cruz

La familia cristiana debe ser una casa donde Dios no sea un extraño. No basta que haya imágenes religiosas en las paredes si la vida cotidiana se organiza como si Dios no existiera. El hogar verdaderamente cristiano es aquel donde se trabaja, se descansa, se conversa, se corrige, se perdona y se sufre bajo la mirada de Dios.

Una manera sencilla y profunda de vivir esto es recuperar el sentido de la señal de la Cruz. Hacerla al comenzar el día, antes de comer, al salir de casa, al iniciar un viaje, al acostarse, no es una costumbre vacía. Es confesar que pertenecemos a Dios. Es poner la jornada, la mesa, el trabajo, el descanso y las preocupaciones bajo el nombre santo del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

En la familia, esta práctica tiene un valor educativo muy grande. Los hijos aprenden más por lo que ven que por lo que se les dice. Si ven que sus padres se santiguan con respeto, que rezan antes de tomar decisiones importantes, que invocan a Dios en las

dificultades, comprenden poco a poco que la fe no es algo reservado al templo, sino una luz para toda la vida.

También el orden familiar debe reflejar algo del orden querido por Dios. No se trata de rigidez ni de dureza, sino de una armonía en la que cada uno ocupa su lugar con humildad y caridad. Los padres deben guiar; los hijos deben aprender a obedecer; todos deben ejercitarse en el respeto, la paciencia y el perdón. Sin este espíritu, la casa se vuelve un lugar de voluntades enfrentadas. Con Dios, en cambio, aun las dificultades pueden transformarse en ocasión de virtud.

El hogar cristiano no será perfecto, porque todos llevamos las heridas del pecado original. Pero puede ser un lugar donde se vuelve a empezar. Y cuando una familia aprende a reunirse bajo el signo de la Cruz, aprende también a mirar sus alegrías y penas desde la eternidad.

4. Sociedad

Autoridad y obediencia al servicio del bien común

Toda sociedad necesita autoridad. Sin autoridad, la vida común se desordena, los fuertes terminan imponiéndose por la fuerza y los débiles quedan sin defensa. Pero la autoridad, para ser recta, debe reconocer que no es dueña absoluta de las personas, sino servidora de un orden superior.

San Pablo enseña que no hay autoridad sino de Dios. Esto no significa que todo mandato humano sea automáticamente justo, ni que los gobernantes puedan hacer lo que quieran. Significa que la autoridad legítima participa, de algún modo, del orden querido por Dios, y por eso debe ejercerse conforme a la verdad, la justicia y el bien común.

El pensamiento cristiano tradicional siempre distinguió entre autoridad y arbitrariedad. La autoridad manda para conducir al bien; la arbitrariedad manda para imponer el propio capricho. La autoridad verdadera protege, ordena, corrige y promueve la virtud; la falsa autoridad manipula, divide, debilita y se sirve de los demás.

También la obediencia debe ser bien entendida. Obedecer no es rebajarse servilmente, sino reconocer un orden justo. En la familia, en la escuela, en la Iglesia y en la sociedad civil, la obediencia bien vivida educa la voluntad, enseña humildad y ayuda a superar el

individualismo. Pero cuando se manda contra la ley de Dios, vale la palabra de los Apóstoles: "Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres".

Nuestro tiempo suele oscilar entre dos errores: por un lado, rechazar toda autoridad como si fuese enemiga de la libertad; por otro, aceptar poderes abusivos cuando prometen comodidad o seguridad. La doctrina católica enseña un camino más alto: autoridad con responsabilidad, obediencia con conciencia recta, libertad ordenada al bien.

Una sociedad sana empieza cuando cada uno acepta que no vive para sí mismo. El padre de familia, el maestro, el gobernante, el sacerdote, el trabajador, todos deben preguntarse no sólo qué pueden exigir, sino qué bien están llamados a custodiar. Allí la autoridad deja de ser dominio y se convierte en servicio.

5. Anécdota histórica

San Atanasio y la fidelidad al misterio de Cristo

En el siglo IV, la Iglesia fue sacudida por una de las herejías más peligrosas de su historia: el arrianismo. Arrio negaba la plena divinidad del Hijo de Dios. Presentaba a Cristo como una criatura excelsa, superior a todas las demás, pero no como Dios verdadero de Dios verdadero. Si esa doctrina hubiese triunfado, la fe cristiana habría quedado destruida en su centro, porque sólo Dios puede redimirnos y comunicarnos la vida divina.

En medio de esa crisis se levantó San Atanasio, obispo de Alejandría. Fue perseguido, calumniado y desterrado varias veces. Muchos poderosos se inclinaron hacia fórmulas ambiguas para evitar conflictos. Pero Atanasio comprendía que no se podía sacrificar la verdad sobre Cristo para obtener una paz aparente.

Se cuenta que, al ver la fuerza de sus enemigos, alguien le dijo: "El mundo está contra vos". Y él habría respondido: "Entonces yo estoy contra el mundo". Más allá de la forma exacta de la frase, resume muy bien su espíritu: la verdad revelada no se negocia por conveniencia.

San Atanasio defendió que el Hijo es consustancial al Padre, como proclamó el Concilio de Nicea. Gracias a esa fidelidad, la Iglesia conservó clara la confesión de Cristo verdadero Dios y verdadero hombre.

Su ejemplo nos enseña que la fe no se mide por el número de quienes la aceptan ni por el apoyo de los poderosos. A veces la verdad parece quedar reducida a unos pocos testigos. Pero cuando un alma permanece firme en lo que Dios ha revelado, sirve a la Iglesia más que muchos discursos prudentes sólo en apariencia. La caridad nunca exige traicionar la verdad; al contrario, la verdadera caridad nace de la verdad y la custodia con fortaleza.